

EL PASTOR Y LA PERDIZ¹

Tradición aimara de Potosí, Bolivia

narrada por Teófilo Fabrica Chambi



Hace mucho tiempo un joven vivía con su madre en uno de los ayllus, no tenía padre ni hermana. Él pastoreaba por los campos sus ovejas y sus llamas, era tan dedicado a su tarea como si fuera una hija mujer. En las tardes retornaba puntualmente a su casa arreando a sus animales.

Sucede que un día conoció a una joven por esas pampas desoladas. El joven, acompañado siempre de su carnero más grande y blanco, le habló muy amenamente. Cuando llegaba el atardecer él le proponía ir a su casa; luego ocurrió que la joven se convirtió en perdiz, y es así como él se la llevaba a casa.

El joven tenía una ch'uspa grande, pues servía para llevársela la perdiz. También llevaba una ración de tostado para la joven; pastoreaban juntos sus animales en forma diaria. De esto no estaba enterada la madre, pues no le dijo absolutamente nada.

Otro día cualquiera al estar llevando los animales a otra de sus casas había olvidado su ch'uspa y se fue nomás. Ya a media mañana y mientras caminaba el joven se acordó y exclamó:

—¡Ah, qué olvido, por qué me habría olvidado! —Ese día lo pasó muy apenado.

Casualmente la madre fue a esa misma casa que era como un depósito; al llegar se había sorprendido al tropezarse con la ch'uspa:

—¡Ay, mi hijo había cazado una perdiz!

Tras haber encontrado la perdiz, pensando y pensando resolvió:

—Bueno, se lo cocinaré esta perdiz para cuando mi hijo llegue del pastoreo.

1 Tomado de Encuentro Andino Amazónico de Narradores Orales (1994).

El joven llegó por la tarde a su casa totalmente apenado; pues luego de haber encerrado a los animales en su corral buscó rápidamente su ch'uspa encontrándola vacía en el suelo. Todavía no había preguntado nada a su madre, en eso fue llamado:

—Entra a la casa, hijo, y ven a comer, he preparado la perdiz que habías cazado.

—¡Para qué pues has cocinado la perdiz, mamá! —Y le seguía reclamando:

—No debías cocinar, era mi enamorada.

Así comió la cena entre llanto y llanto, no le había contado a su madre cómo caminaban y pastoreaban con la perdiz. Una vez cocinada tuvo que comer nomás; pero guardó sus huesos como si fueran de oro. Después se animó a contarle:

—A mí me apareció una joven... Y esto has hecho, mamá. No debías hacer por ningún motivo...

—Debías hacerme conocer pues, hijo.

El joven no pudiendo hacer nada se sentía impotente. Esa noche durmió triste y apenado. Pero así triste y apenado seguía llevando a sus ovejas y llamas hacia la pampa. De los huesos guardados fabricó un pinquillo y con ese instrumento tocaba hermosas canciones; así pasaba sus días de pastoreo.

Un día al estar cuidando sus animales un gran ventarrón se lo llevó dando vueltas y vueltas. Desde ese día nunca más apareció el joven, no se supo ni a dónde podría haber llegado. Solo se difundió la noticia de que ese gran ventarrón lo hizo desaparecer.



EL PASTOR Y LA PERDIZ

Luego de tu lectura de la tradición aimara de Potosí, narrada por Teófilo Fabrica Chambi, responde:

1. Explica: ¿cuál crees que fue la razón por la que el joven no le dijo a su madre acerca de la perdiz?

2. ¿Alguna vez has guardado un secreto que luego te ha terminado perjudicando? Escribe tu respuesta.
